

pueda presentaros el infierno. Acudid á María, á esta purísima Virgen que es nuestra Madre de un modo especial. *Ego Mater...* Presentadle vuestras necesidades, hacedle presente vuestras aflicciones, y cuando deseis alcanzar misericordia de Dios, dirigid vuestras súplicas y peticiones por María, que esta Señora que olvidar no puede la promesa de su proteccion, que hizo solemnemente cuando estableció su trono entre nosotros en el Pilar de Zaragoza, *Thronus meus in columna*, estará pronta para cubriros con el hermoso y brillante mantó de su misericordia, é intercediendo por vosotros y acompañándoos en la hora de vuestra muerte, subireis á los cielos conducidos en los brazos de la que nos ha dicho: *Ego Mater...* Yo soy la Madre especial de los españoles.

Purísima María: no sean vuestras infidelidades las que hagan que desmerezcamos vuestra proteccion benéfica, y esas promesas que nos hicisteis en el Santo Pilar de Zaragoza, cúmplanse siempre con los que somos vuestros hijos. Si vos nos volviéseis vuestro rostro ¿á quién recurriríamos en este valle de lágrimas y de miserias? ¿Quién nos ampararía? ¿Quién intercedería por nosotros? No nos abandoneis, pues, Madre mia, y aceptando la cordial devocion que os profesamos, alcanzadnos la divina gracia, asistidos de la cual seamos un dia participantes de la gloria. *Amen.*

SERMON

DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS

DE VALENCIA.

In me omnis spes vite et virtutis. Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et a generationibus meis implemini.

En mí está toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que me amais y llenaos de mis frutos.

Eccli. cap. XXIV, v. 25 y 26.

Una criatura privilegiada de un modo extraordinario, cuyas alabanzas vienen repitiéndose continuamente por la Iglesia, que le consagra durante el año eclesiástico diversas festividades, y que recuerda á los cristianos con el tañido de las campanas al amanecer, al medio dia y al ocaso del sol, la piadosa costumbre de invocar su nombre: una criatura en cuyo honor ostenta el cristianismo suntuosos templos y magníficos monumentos, y cuyas imágenes que forman las delicias así de las grandes capitales, como de la mas mísera aldea, se ven continuamente rodeadas de fieles que invocan su patrocinio, y adornan sus altares: una criatura, en

fin, que es Madre de Dios por un misterio de amor del Espíritu Santo, y Madre de la humanidad por otro misterio de amor de Jesucristo, y á cuya gloria han contribuido en todo tiempo los genios mas sobresalientes en la ciencia, en la música, en la poesía y en el arte del buen decir, es señores, el actual objeto de estos cultos.

Confieso con la verdad que es propia del sagrado lugar que ocupo en este instante, que el cantar las glorias de la bendita Virgen de Judá, de la mujer sin par, de la Bienaventurada Madre de nuestro Dios, de la que forma las delicias de los cristianos que en el desamparo del mundo reciben un bálsamo de consuelo al invocarla Madre, no es asunto capaz de ser tratado dignamente por un orador en quien no resplandecen los rayos de la ciencia, ni los dotes de la retórica. En María todo es grande: grandes sus privilegios, grande su destino, grande y extraordinaria su gloria, puesto que siendo mas que todas las criaturas sin exceptuar las angélicas, tan solamente es menos que Dios. Las mas brillantes lumbreras de la Iglesia emplearon sus plumas en bendecir su nombre y cantar sus alabanzas: un San Atanasio, un San Efrén, un San Cirilo de Alejandría, como los Crisóstomos y Damascenos, los Gerónimos y Agustinos, los Justinianos y el meliflúo San Bernardo, con otra infinidad de Padres y escritores sagrados ¿qué no han dicho en honra de la Madre de Dios? ¡Ah! Todos ellos valiéndose de las mas bellas y sublimes espresiones han desahogado en sus impecederos escritos los tiernos afectos de sus corazones á la Madre del Amor Hermoso, á quien la humanidad es deudora de inesplicables beneficios.

La Señora mismo lo habia dicho, cuando aun vivia entre nosotros: «*Todas las generaciones me llamarán bienaventurada* (1)»; es decir, en todas partes se cantarán mis alabanzas, en todas se bendecirá mi nombre. Y en efecto, mis señores: desde la cuna misma del cristianismo, María fué siempre aclamada con entusiasmo, por los adoradores de su divino Hijo, y seguidores de su doctrina: por la mediacion de esta soberana criatura, dirijieron siempre los cristianos sus oraciones á Dios, esperando por su proteccion conseguir del dador de todo bien el remedio de sus males.

Señores, deseo decirlo: á nosotros los hijos de esta venturosa nacion, en vano tratarán de disputarnos los émulos de nuestras glorias, la que nos cabe con haber santificado con sus plantas la Santísima Virgen nuestro privilegiado suelo, dándonos á comprender con su aparicion al apóstol Santiago en el misterioso Pilar de la feliz Zaragoza, que nos escogia por su pueblo propio y peculiar. ¡Ah! María, que iluminada por luz superior veia á través de los siglos, conocia el entusiasmo y tierna devocion que le habian de profesar los católicos españoles; empero devocion y entusiasmo que no habia de desaparecer, ni por las guerras desoladoras, ni por las convulsiones políticas, ni por las demas calamidades que afligen y agitan los Estados: y si por los altos juicios del Señor, incomprensibles á las criaturas, al hundirse el cetro de la monarquía goda, nuestra patria cae en poder de los infieles; los españoles, en prueba del amor que profesaban á la Santísima Virgen es-

(1) Luc. cap. I. v. 48.

conden sus imágenes en las entrañas de la tierra con el objeto de que no fuesen profanadas, piedad agradable á los ojos de la Señora, y que premiando que dichas imágenes apareciesen despues de la reconquista, para que siguiesen siendo el objeto de nuestra ternura y filial amor.

Quando hablo, señores, de la cordial devocion que siempre han profesado los españoles á la Santísima Virgen, no es mi ánimo por cierto hacer sobresalir en este punto unas provincias de otras: sé muy bien que en todas es como innato este amor y esta devocion. En todas nuestras ciudades, en todos nuestros pueblos, celébranse sus diversos misterios y advocaciones con el mayor regocijo, aquí bajo un título misterioso y significativo, allí bajo otro diferente y bello, formando las delicias de los hijos de nuestra patria: empero no puedo menos de celebrar la oportunidad de los valencianos, que fundando en época remota, por los años de 1416 una cofradía de la Santísima Virgen, en la que resplandecía el espíritu de caridad, por ser destinada al auxilio de los desgraciados dementes, y habiendo recibido la imagen que allí es objeto de la mayor veneracion, y que fué fabricada por manos de tres misteriosos peregrinos que la piedad y tradicion aseguran eran ángeles de Dios, le dieron el hermoso título de María Santísima de los Desamparados; y constantes en su devocion los hijos de aquella religiosa ciudad residentes en esta corte, formaron esta ilustre y venerable hermandad, proporcionándose esa preciosa imagen copia de la que se conserva en Valencia, para desahogar en su presencia los efectos de sus corazones.

Justificar los motivos que movieron á los valen-

cianos para invocarla con el título de Desamparados, fundándome en el poder que de Dios ha recibido, y en lo tierno y amante de su corazon immaculado, va á ser el asunto del presente discurso y objeto de vuestras atenciones.

Comunicadme, ¡oh mi Dios! el talento de la palabra para desempeñar con acierto esta parte de mi sagrado ministerio. Os lo rogamos por la intercesion de la Santísima Virgen, á la cual saludamos devotamente con las espresiones que le dirijiera el celestial Parainfo. *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

Aquella admirable Virgen de Judá anunciada al mundo desde el paraiso, representada en el fondo de casi todas las teogonías, en los anales religiosos de los antiguos pueblos; aquella que debia ser un dia coronada por Reina de los ángeles, y habia de ser el consuelo de los aflijidos, el refugio de los pecadores, la Madre misericordiosa de los Desamparados, se levanta sobre el horizonte de la Judea precediendo al que habia de dar la salud al mundo, asi como el lucero de la mañana precede al sol que viene á disipar las tinieblas de la noche. Era el tiempo marcado por las profecías, y debian concluir las sombras de la antigua ley.

Esta feliz criatura llena de gracia y de virtudes, y que mereció el gran privilegio de ser esceptuada de las ligaduras del pecado original en que todos nacemos envueltos, era la ofrecida por Jehová en el lugar mismo donde fué cometido el crimen que arrastró á la humanidad á la mayor desgracia. Los siglos no

existían, no eran los abismos, y ya había sido concebida en la mente del Altísimo: los montes no se habían sentado sobre sus pesadas masas; aun el Criador no había hecho la tierra ni los ríos, ni las fuentes brotaban sus cristalinas aguas, cuando ya acompañaba al Señor, ya existía en su divino pensamiento, porque como por su Omnisciencia todo le es presente, veía la ingratitud del hombre, y concibiendo pensamientos de amor hacia la humanidad, viendo que una mujer había de causar nuestra desgracia, dispone la formación de otra tan privilegiada, tan llena de virtudes, tan enriquecida de gracias y singulares carismas, que fuese digna de producir de su castísimo seno á su Unigénito Hijo, á quien había determinado enviar para que revistiéndose de nuestra propia carne, padeciese en ella y le ofreciese un sacrificio de valor infinito, suficiente para reconciliar al hombre con su Dios. ¡Cuán grandes, cuán magníficos fueron los designios de Dios sobre María!

Esta purísima criatura, palacio augusto donde había de residir la Magestad divina, es la obra más admirable, la fábrica más bella y más hermosa que ha salido de las omnipotentes manos. Os admirarán todas las bellezas que descubris en el panorama del universo, la brillantéz de los astros, los campos cubiertos de olorosas flores que nos encantan y embelesan en las hermosas mañanas de la deliciosa primavera; pero este mundo ha sido formado para habitación del hombre, y María fué criada para habitación del Autor de los cielos y de la tierra. Con razón, pues, esclama el devotísimo San Bernardo: que María es propiamente el mundo de la Santísima Trinidad. *Eam tamquam specialissimum mundum Deus sibi creavit*; porque en efecto,

su destino era ser Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. ¡Oh ínclita Virgen de Judá! ¡Oh bellísima María! ¡Oh ciudad mística del Eterno! ¡Cuán nos regocijamos al veros sublimada á tanta grandeza, á tanta dignidad, á tanta gloria!

Consideremos, mis señores, el destino de María; traigamos á la memoria cuanto ella ha hecho por la humanidad, y prontamente vendremos en conocimiento de su poder, y contemplando despues la bondad de su corazón y su segundo destino de Madre de las criaturas, comprenderemos la razón que nos asiste para invocarla como Madre y Señora de los Desamparados.

En efecto, si Jesucristo fué la causa primera y principal de nuestra salvación, María fué la causa segunda é instrumental: si Jesucristo fué nuestro Redentor, María es nuestra corredentora; y si el Hijo apuró por nosotros el amargo cáliz de los más crueles tormentos, María en cuyo corazón mira el Justiniano el espejo perfectísimo de la pasión y muerte de Jesucristo, padeció en su alma cuanto su Divino Hijo en todos los miembros de su cuerpo, y á través de tanto padecer se conformaba humildemente con la voluntad del Omnipotente: identificada en sentimientos con su Hijo, tenía precisamente que amar lo que El amara y aborrecer lo que El aborreciera. Ahora bien, Jesucristo amaba entrañablemente á la humanidad, y este amor le hizo tomar la cruz y morir en ella; ¿cómo, pues, no había de amarnos María? ¿Cómo no se había de interesar en nuestra salvación? ¿Cómo había de rehusar el padecer por el hombre, cuando por él padecía el hijo de sus entrañas?

El cristianismo, agradecido desde su misma cuna,